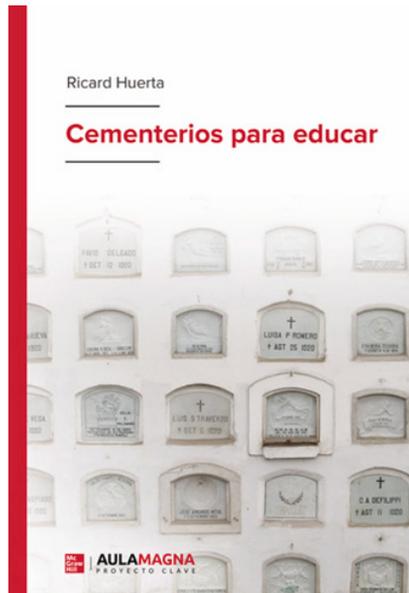


JOSÉ VÍCTOR
VILLALBA GÓMEZ

Universidad de Murcia
Josevictor.villalba@um.es

Cementerios para educar

Ricard Vicent Huerta Ramón (Ricard Huerta)
Catedrático de Educación Artística de la Universidad de Valencia
Editorial Aula Magna, 2021. McGraw-Hill



Entre cipreses, lápidas, textos, imágenes, nombres, flores, figuras religiosas, objetos con significados personales, arquitecturas, nichos, tumbas, panteones, trazados de calles; encontramos memoria, encontramos la historia de dónde venimos, auténticos tesoros visuales y artísticos, un entramado de pistas y relatos que por sí solas hablan de nosotros. Así es una de las descripciones de nuestro autor acerca del enorme potencial de nuestras necrópolis.

En este nuevo libro del Catedrático de Educación Artística de la Universidad de Valencia, Ricard Huerta, organizado en siete amenos capítulos, nos propone un campo de trabajo pedagógico a partir de la observación y creación de imágenes en los camposantos. La premisa fundamental es fomentar la reflexión a partir de la diversidad y riqueza de elementos patrimoniales que se encuentran en los cementerios, para dar respuestas educativas y artísticas a diferentes cuestiones y retos a los que se enfrenta actualmente la comunidad educativa: la pérdida de la memoria, el respeto y la visualización de la muerte como un fenómeno natural del ser humano. Para ello, en primer lugar, el autor nos dice que “acudir a entierros no es lo mismo que visitar tumbas”.

Dice el autor que, al igual que en las ciudades o los museos, los camposantos tienen su propia vida, su propia identidad. Pero la vorágine de signos y símbolos (estéticos y artísticos) que configuran nuestra historia como colectivo y que se encuentran en ese lugar, va más allá del turismo de cementerio que lleva años practicándose en algunas de las ciudades más importantes del mundo, donde en su mayoría se visitan tumbas de personajes célebres. Esta es la cuestión principal que destaca Ricard Huerta, donde confluyen educación-lo visual-la memoria, desde la perspectiva y experiencia docente, pero también desde su razón vital y personal, comprometido con el deseo de un mundo mejor, sin tabúes y sin muros. Y todo ello para dotar de competencias, valores y conciencia, sobre todo conciencia, a los futuros docentes, donde reside el primordial eslabón educativo.

El autor nos habla con absoluta transparencia, desde un vocabulario asequible y próximo, reflexionando en voz alta continuamente. No tiene reparos en aclararnos el inicio de su planteamiento, desde lo más íntimo, cuando de pequeño acudía a los cementerios, sin intereses religiosos. En sus paseos encontraba momentos de cercanía con la muerte, donde reconstruía la memoria familiar y de su entorno cercano junto a sus mayores. Y es que estos momentos de gratitud son una ideal manera de saber quiénes eran las personas, cómo eran, cómo vivían, a qué se dedicaban ... Inevitablemente, es un ejercicio bajo la comparación del hoy, comparando el pasado con el presente e, incluso el futuro; si queremos ver (es importante querer ver hoy), contextualizándonos y colocándonos en un punto exacto de la historia, inculcando a la vez el concepto de la muerte, en un entorno de memoria y recuerdo.

El ejercicio científico de nuestro autor no es un conjunto de reflexiones aisladas a partir de este lugar, ya que en sí recoge todo tipo de referencias literarias, cinematográficas, pictóricas, urbanísticas, filosóficas y artísticas que se relacionan con la temática de la muerte. Además, el sentido de este trabajo se consolidada, cómo no, con la relevante colección fotográfica que expone y recoge a partir de los centenares de visitas que ha experimentado por necrópolis de todo el mundo, a lo largo de su vida.

Con este trabajo, Ricard Huerta une su experiencia y atractivo personal ante el tema, su pasión por la fotografía y su particular visión pedagógica, natural de un docente, donde una vez más, no huye de los problemas educativos y sociales, sino que los aborda y propone soluciones.

Como reflexión compartida, un mundo mejor no se construye huyendo de lo difícil, de los problemas, sino enfrentándose a ellos. Y no nos olvidemos, la muerte y su aceptación es el mayor reto al que nos enfrentamos los vivos. Un reto al que se enfrentan asiduamente docentes con sus estudiantes y familiares, superando sobre todo nuestras pérdidas humanas. Inevitablemente, cuando acudimos a sepelios o a visitar seres queridos a los camposantos, surgen emociones muy crudas y contradictorias. Dependiendo de la experiencia de la persona, se puede producir distintos niveles de rechazo a la visita, sin embargo, los vivos tenemos la necesidad imperiosa de superarla y naturalizarla, no nos queda otra. Y en este sentido está uno de los grandes valores del trabajo de Ricard Huerta, porque también es una herramienta para ayudar a educar sobre la muerte, para naturalizarla: el valor base. A partir de aquí comienza todo lo demás, desde la apertura mental, desde un planteamiento para educar y concienciar para la muerte, pero también para fomentar el respeto, a través de la memoria, que ahí está, en forma de iconos, imágenes y objetos, esperando a ser interpretada. En este sentido, una vez borrado el rechazo, ya pasamos a visitar tumbas y aprender de ellas, encontrando cosas que no se buscan y que nos hacen reflexionar. Y si estas reflexiones las compartimos, podemos llegar e incluso a construir auténticas sesiones didácticas. Es entonces donde aparece la visita

al cementerio como escenario de metodologías de aprendizaje (Situado, Servicio...), uniendo la educación formal con la educación no formal, enlazando las piezas del puzle de la memoria, que como ofrecen lugares como los rastros y los museos, su amalgama visual nos brinda la oportunidad de conocer y revivir.

La ventana de oportunidades educativas que propone nuestro autor, sugiriendo visitas didácticas en estos lugares, entraría dentro de lo que denomina “currículum vibrante”, que rompe como él mismo dice, la tiranía del currículo tradicional, que en muchas ocasiones destruye o ignora herramientas y recursos culturales de enorme magnitud. Ricard utiliza el adjetivo vibrante refiriéndose al inmenso abanico de conocimientos y prácticas que plantea el profesorado, para responder a problemas que emergen de los actuales procesos de enseñanza-aprendizaje y nuestra sociedad actual (lo expone como vibraciones). Y es que Ricard plantea escenarios y expone contextos educativos y orientaciones, susceptibles de ser adaptados y utilizados por el profesorado. Más que proponer recursos concretos, el autor impulsa acciones que nos llevan a un continuo modo de reflexión pedagógica, de repensar, que tienen el objetivo de “contribuir a despertar el interés del profesorado hacia la tarea a la que se van a enfrentar, para que sean capaces de despertar la disposición de sus estudiantes hacia el conocimiento de las artes y los patrimonios”. El autor nos deja bien claro que las propuestas a corto plazo no sirven en la educación actual, si no la propuesta de caminos y orientaciones, susceptibles de ser adaptados a múltiples contextos.

Ricard Huerta nos invita a disfrutar y gozar de estos espacios como jardines agradables, pero también desde el ejercicio artístico. Respecto a esta temática, podemos definir dos formas en las que Ricard propone la reflexión: una es a partir de la observación y lectura de imágenes, textos (defiende el valor del alfabeto como imagen), objetos, monumentos, jardines, calles, etc., auténticos tesoros visuales y artísticos que predominan en el cementerio; la otra, la producción de imágenes a través del dibujo, la fotografía, el video, etc., de los que posteriormente pueden construirse nuevos ejercicios reflexivos. Es decir, se proponen inercias pedagógicas desde dos prismas artísticos prácticos, como lector y consumidores de imágenes y, como productores, desde poéticas visuales, los medios digitales, entre otras vías artísticas. Inercias que, desde la memoria colectiva, están dirigidas a potenciar el acto de recordar, trabajar la memoria con nuestros estudiantes, para entender y valorar con ellos los complejos fenómenos sociales, escritos en los recuerdos que debemos de preservar, desde el absoluto respeto y la libertad.

“somos la memoria que tenemos, y la responsabilidad que asumimos. Sin memoria no existimos, y sin responsabilidad, quizá, no merezcamos existir”. (José Saramago. Cuadernos de viaje).